



# Rebeldes de cuatro patas

Jesús Ballaz

Ilustraciones de Laura Benavente



algar



## Un regalo envenenado

Dani había aceptado un regalo vivo: un perrito fox terrier. Era un cachorro precioso, gordo y juguetón, de morro cuadrado. ¡Una monada de perro!

Pero, en cuanto lo tuvo en casa, Dani intuyó...

... que era un regalo envenenado.

«¡Será la mayor desgracia de mi vida!», pensó.

A Berta, su hermana mayor, no le cayó bien el animalito.

—No me gustan los perros-adorno —sentenció.

Como no fueran de porcelana, claro. Hacía años que tenían dos perritos de porcelana sobre un armario del comedor y nunca había protestado.

Pero, desde que empezó el instituto, Berta había cambiado mucho.

—Bah, otro trasto con patas y rabo —insistió—. De esos asquerosos que dejan por ahí regalitos cilíndricos que *adornan* las calles.

Berta y sus amigos, los Netos, estaban en contra de martirizar a un perro encerrándolo en un piso.

—¡Huuuummm, te has metido en un buen lío, Dani! —le dijo—. Los Netos no te vamos a dar tregua. No queremos que, con tanto perro, Sediñar acabe siendo un estercolero.

Las palabras de ánimo de su madre de nada le servían a Dani. Eran palmaditas en la espalda interesadas. Su padre ni siquiera había mirado al fox terrier. Le importaban un bledo los perros. Solo le interesaban los bebedores... de agua. Aunque, para quedar bien, mientras seguía leyendo un libro sobre aguas minerales, dijo:

—Ese animal tiene una mirada inteligente.

Dani no escarmentaba. No era la primera vez que había tropezado. ¡Por buenazo! Se acordó de su primer topetazo. Lo tuvo a los cinco años. Se había vestido de Spiderman y Berta, cuatro años mayor que él, le hizo creer que Spiderman volaba. Entonces Dani creía ciegamente lo que decía su hermana. Se lanzó desde la cama al suelo y se dio tal morrada que perdió dos dientes.

Berta le pidió perdón, ¡un gran perdón!, pero él solo le concedió medio. Aún se acuerda de aquel día y no ha recuperado la confianza en ella. Por suerte, eran los dientes de leche y pronto le salieron los nuevos.



Después aún ha tenido algunas desgracias más. Y eso que su vida aún es corta: un metro treinta y cinco centímetros. La llegada del cachorro fox terrier, obsequio por su duodécimo cumpleaños, había vuelto a ensombrecer su cara risueña.

—Hay regalos que matan —se lamentó—. ¡Qué mañana tienen algunos de regalar lo que nadie les pide!

—¿Por qué lo has aceptado? —replicó su hermana—. ¿Eres tonto o qué?

—Me lo he quedado por mamá, que quería tener un perro, como sus amigas.

—Eres un pelota. Y las del Club Dálmatas son unas...

—Dilo claramente.

—¡Unas pijas!

Dani se propuso no volver a cumplir más años si eso le va a traer más perros.

Al ver lo que le había caído encima, se acordó de lo que le había oído decir al alto y misterioso vagabundo que se sienta todas las mañanas al fondo del bar El Túnel, donde su padre toma a veces un café: «Hay loterías que rifan mala suerte. ¡Si lo sabré yo! A mí me tocó».

El fox terrier se lo había endosado Matilde, a la que no podía negarle nada. Su vecina, de genio vivo y mirada dulce, es una de sus mejores amigas. Pero Matilde tampoco tuvo toda la culpa. Una perra que se refugió en el jardín de su casa había parido cinco cachorros en la leñera.

Eran tan monos que a ella le hubiera hecho ilusión quedárselos, pero su madre le dijo:

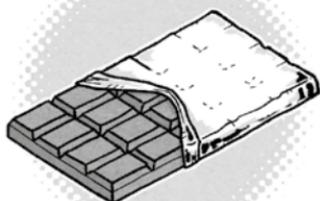
—No podemos quedarnos con ellos. Ya tenemos a PerRita. Repártelos entre tus amigos y amigas.

Matilde se los ofreció a sus cinco mejores amigos. Dani era el sexto.

Los cuatro primeros rechazaron el regalo sin dar explicaciones. Luis, el quinto, puso la excusa de que cuidaba del bulldog de su tía Ana. En realidad no quería obligarse a sacarlo todas las tardes ni sufrir las bur-las de los Netos. Para estos, todo el que tiene perro es esclavo de este. Dani aceptó apechugar con ese regalo envenenado.

Y ya lo tenía en casa. ¿Con qué cara lo iba a abandonar? Nunca lo haría.

# 2



## El selecto Club Dálmatas

Dani debía reconocer que había aceptado el cachorro no solo por la insistencia de su amiga, sino también por su madre, que quería ingresar a toda costa en el Club Dálmatas. A él pertenece la madre de Matilde. Y también la tía de Luis, que pagó una fortuna por el bulldog de pelo brillante que tanto se parece a su marido.

A los tres días de que a su hijo le entregaran el cachorro, Andrea recibió un *e-mail* de Ana: «Las del Club Dálmatas nos reunimos esta tarde en la cafetería El Gran Danés. ¿Quieres venir?».

La madre de Dani por fin podía pedir el ingreso en ese elegante club porque ya tenía perro. Lo ansiaba. Desde que su marido se hizo gerente de Aguas del Pozo Dorado, podía permitirse los gastos que eso suponía.



Dani hubiera preferido un loro. No habría tenido que bañarlo ni despiojarlo ni sacarlo a pasear. Además, un pájaro se puede llevar en una jaula a todas partes. En ningún museo o restaurante se ve un cartel que diga: «Loros no».

De la noche a la mañana, se había encontrado con un perro, al que no hacía ni caso, que crecía rápido tumbado a su lado en el sofá.

Una tarde, miraba embobado en el televisor unos dibujos animados en los que un gato perseguía a un perro.

—¿Un gato persiguiendo a un perro? ¿Tú puedes creerte esa tontería? —farfulló el fox terrier. Y le soltó con su ladrante vocecita—: ¿Aún no te has hartado de tantas patrañas?

El chico se puso en pie de un salto. ¡El animalito hablaba! Y lo más admirable era que decía palabras raras: «¡Patrañas!». Sin saber cómo reaccionar, se levantó y se fue a la cocina a pedir la merienda.

—¿Con quién hablabas? —le preguntó su madre—. No me digas que estabas hablando con el perro.

—¿Con ese perro? Preferiría hablar con una tortuga.

Dani fue a por pan y media tableta de chocolate y volvió al sofá. Para congraciarse con su compañero y calmar su enfado, le ofreció un trozo de pan. El fox terrier lo rechazó con un gruñido:

—Bah, me das lo peor.

Entonces, le entregó a regañadientes la mitad de su chocolate.

El animal se lo comió en dos mordiscos.

En cuanto acabó de merendar, Dani miró en internet la palabra *patraña*. La definía así: «Mentira o noticia fabulosa, de pura invención».

«¡Qué difícil! ¡Y ese perrito la sabía!», pensó admirado.

Episodios como este le hicieron darse cuenta muy pronto de que ese animalito no pasaría en vano por su vida. La inteligencia y la rebeldía asomaban por su mirada.